



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 31.

JUEVES 4 DE OCTUBRE DE 1863.
Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

EL MONTENEGRO, LA HERZEGOVINA Y LA SERVIA.—LAS MONEDAS DE ORO. (Del alemán) (Conclusion).—LA TORRE DEL ORO.—EL EGIPTO ANTIGUO.—SUEÑO FATAL (nocturno), por Enrique Heine.—LA BIBLIOTECA DEL VATICANO.—NOSTALGIA: A las Hadas, por Benito Viceto.—CONOCIMIENTOS INDUSTRIALES: La economía en el gas.—LA ULTIMA CANCION, por Manuel Varcácel.—CUENTOS MORALES: Agradecimiento y probidad, por Madama de Praslin.—A GREGORIA, por M. M. G.—LA NOCHE OSCURA, fábula, por Miguel Agustín Príncipe.—PENSAMIENTOS.

EL MONTENEGRO, LA HERZEGOVINA

Y LA SERVIA.

La region comprendida entre el Danubio y la costa occidental del Adriático es el teatro de graves sucesos que atraen la atencion de la Europa. La cuestion servia es uno de los episodios mas importantes de la gran cuestion de Oriente. Ensayemos, pues, esclarecer la geografia y la etnología de aquel pais, muy poco conocidas entre nosotros.

Describiremos hoy los lugares; otro dia hablaremos de los pueblos.

Si remontamos el Danubio desde el famoso desfiladero de las Puertas de Hierro, en que los carpathos, avanzando al encuentro de los montes Haïdu-sky, fuerzan al rio á precipitarse en espumosas cataratas sobre los rocas; si llegados á Belgrado en el confluente del Save, subimos por este rio un largo trecho; si continuamos luego por el Unna su afluente, y por los Alpes Dináricos, que siguen la direccion de las riberas del Adriático, costeano la Dalmacia; si descendemos en seguida faldeando el pintoresco golfo que se denomina bocas del Cattaro; si atravesamos el lago de Scútari y nos internamos del Sudoeste al Noreste en un laberinto de montañas para llegar al punto donde se reúnen el Timok y su confluente con el Danubio; habremos realizado un viaje completo alrededor de la notable region que comprende la Servia, el Montenegro y la Bosnia (en la que están incluidas la Croacia turca, la Her-

zegovina y la Rascia). Es la estremidad Noroeste de los que aun hoy se llama Turquía europea, por mas que el poder otomano no se halle muy sólidamente arraigado en aquel pais.

Por dos pendientes principales corren las aguas de la region que describimos: la mas estensa se inclina al Norte, hácia el Danubio y el Save, y está surcada por el curso del Morava, del Drin, del Brosna y del Verbieza: la otra, cuya direccion es hácia el Sur, no envia al Adriático mas que un escaso número de rios, siendo los principales el Narenta, cuyo curso termina en Dalmacia, y el Moratcha, que uniéndose al Zeta, desemboca en el lago de Scútari, de donde se deslizan sus aguas al mar por el Boyana.

Empero, grandes porciones del pais no corresponden realmente á ninguna vertiente, porque los rios se engolfan con frecuencia en profundos abismos: sin que pueda decirse dónde concluye su carrera: algunas veces, no obstante, despues de haber desaparecido por largo espacio, se muestran de nuevo detrás de montañas, en el seno de las cuales se abrieron misterioso paso. Es uno de los caracteres mas dignos de mención de aquel pais calcáreo, erizado de montañas de bizarras contornos, surcado por cavernas, pero forzado y acibillado como una piedra pómez.

A veces las aguas, contenidas por los montes, encajonadas en determinados terrenos, se estienden formando pantanos que presentan una triste perspectiva; tales son los de Popovo, formados por el curso del Trebinchitza, al Sudoeste de la Herzegovina; porque es de notar que en la Herzegovina especialmente es donde se encuentran los ensanches acuáticos pantanosos, así como las corrientes subterráneas.

De todos aquellos paises, el que ofrece un aspecto mas áspero y salvaje es el Montenegro (en idioma servio Tzernagora, ó mas bien Cznagora). En ninguna parte se encuentra un hacinamiento mas extraño de montañas. acer-

ca de cuya formacion hay una leyenda montenegrina muy interesante:

«Cuando Dios creó el mundo, dice, distribuyendo ordenadamente los valles y las montañas, llevaba en un saco las piedras necesarias para la ejecucion de su obra; mas el saco, deteriorado á causa del largo uso, se rompió, y las rocas, cayendo al azar, formaron ese caos de piedras, llamado mas tarde Montenegro.» Pudiera decirse que es una mar tempestuosa petrificada. Hácia el Norte y el Noreste se eleva el terreno mas que en los otros puntos: las alturas mas culminantes son el monte Dormitor, en la frontera de la Herzegovina, y el monte Kon, en la de Albania, que se elevan próximamente á 2,500 metros.

Semejante conformacion física ha permitido á aquel pequeño pais, de una estension que apenas llega á 1,400 kilómetros cuadrados, resistir durante siglos al poder otomano. «La naturaleza, dice Xavier Marmier, se ha constituido gratuitamente en el Vauban de los montenegrinos; ella les ha construido un círculo de defensas, una fortificacion no interrumpida. Y no solo se halla rodeado el territorio montenegrino de eternos bastiones, sino que otras líneas de trinchera lo dividen en varios distritos, y los valles que ellas enlazan en su circuito forman otras tantas fortalezas dentro de la fortaleza principal. Es una continuidad de formidables obstáculos, de precipicios y de cumbres escarpadas que pueden detener á cada paso la marcha de un ejército invasor.»

El Montenegro posee al Sur una parte del lago de Scútari, perteneciendo el resto al Austria, y es hácia aquel lago á donde se dirigen casi todas sus aguas, con especialidad el Moratcha, al cual va á reunirse el Zeta, rio cuyo curso se verifica en su mayor estension en el interior del pais: débese mencionar tambien como tributario del lago el Rieka, rio corto, pero navegable.

La desgracia de la geografia del Montenegro está en hallarse completamente privada del

contacto de la mar. Es cierto que se acerca mucho á ella: así al Oeste, desde las cumbres de los montes Krstac y Lovchin, ven los montenegrinos á sus pies el magnífico golfo de Cattaro, pero Tántalos infortunados, no pueden alcanzarle: del mismo modo, al Sur avanzan hasta muy cerca de las riberas del Budzua y de Spitz, sin poder empero estender sus brazos hasta la mar.

He ahí la razón del grande interés que para ellos tiene el agregar á su principado la Sutorina, pequeña lengua de tierra que los limita al Oeste, y que, constituyendo la estremidad meridional de la Herzegovina se adelanta hasta las Bocas del Cattaro. La reciente revuelta de este canton contra los turcos estaba perfectamente calculada en favor del Montenegro; pero el Austria, que tiene el derecho de sostener una vía estratégica en la Sutorina para pasar de su territorio del Cattaro á las demás posesiones que tiene en la Dalmacia, intervino en favor del gobierno otomano, que le aseguró por su parte la libertad de comunicacion.

Divídese el Montenegro en dos partes distintas: el Montenegro propiamente dicho, y los Berda, es decir, las montañas aliadas, que sin formar realmente parte del Principado están confederadas con él. Los berda se hallan al Norte, y comprenden las posiciones mas elevadas del país. Cada una de las dos secciones comprende cuatro *nahias* ó departamentos, á los cuales hay que agregar dos distritos recientemente anexionados de la Herzegovina: el de Grahovo al Oeste, que se ha hecho célebre por una brillante victoria de los montenegrinos en 1858, y el de Joupa, al Norte.

Los *nahias* se dividen á su vez en 43 *plemens* (grandes familias), y contienen 600 aldeas: al frente de cada *nahia* está un *tcherdar*, elegido por los *knes* ó jefes de aldeas.

La población total, segun Mr. Henri Delarue, es de 120,000 habitantes, todos ellos de la comunión griega.

El mas vulnerable de los distritos montenegrinos es sin duda alguna el de Koutchi, que, situado en la parte oriental de la Berda, se abre hácia la Albania y el valle de Moratcha.

La parte superior del Zeta, del lado de Nikitchitch, es tambien un punto favorable para ser atacado, y sobre él han dirigido últimamente los turcos sus mas poderosos esfuerzos.

Cettignia, ó mas bien Tsettinia, capital del Montenegro, es un miserable pueblo situado á algunas leguas al Noroeste del lago del Scútari. El palacio del vladika (príncipe) se asemeja mas bien á un tinglado que á la residencia de un soberano. Cuéntanse en el pueblo 16 casas, dice M. G. Lejean, que ha viajado recientemente por aquel país; y aun si se exceptúan los edificios públicos, el monasterio (residencia del obispo), el palacio, el arsenal, la fonda de viajeros, la casa del ministro y el edificio donde se reúnen los senadores, apenas queda una docena de casas particulares.

Ninguna ciudad importante se encuentra en el Principado; los montenegrinos son aficionados á vivir aisladamente, cada uno en su dominio; los habitantes de la Berda se asocian mas; poseen un territorio mas fecundo, montañas mas frondosas, y sus rios abundan en pesca.

(Se continuará.)

LAS MONEDAS DE ORO.

(DEL ALEMAN.)

(CONCLUSION.)

El anciano duque habia muerto de apoplejía.

El duque Luis, al hacerse cargo del poder, hizo grandes reformas en la administracion, en el personal de los funcionarios del Estado, y en su corte misma. No gustaba de la ostentacion; creia que la magnificencia de un príncipe debia ser en sus acciones, y que el mejor mérito consiste en desempeñar dignamente su mision. No gastaba espléndidamente en el

juego, no pagaba ni cantor ni joyero, ni ninguno de esos inútiles sirvientes del poder, cuya conservacion cuesta tan caro; pero hizo abrir en todos sus Estados esos grandes y sólidos caminos que se llaman calzadas y son manantiales de riqueza. No hacia distribuir limosnas á los pobres, pero estableció para ellos escuelas públicas de trabajo. No queria que le rindiesen informes ni relaciones, contentándose con velar de cerca sobre la administracion del Estado. Gustaba de los funcionarios instruidos, pero á la instruccion preferia la integridad. Era severo para los empleados, y mas aun para los altos funcionarios, hallándose pronto para elogiar y recompensar.

Difícil es imaginarse la vida que tomó de repente la administracion; al cabo de un año habia cambiado el ducado, los grandes funcionarios eran responsables de los empleados, y una actividad infatigable animaba á todos ellos.

—Todo marcha bien, mi querido Leinau, dijo alegremente un dia el duque á su amigo: nuestros vasallos son felices, lo cual me deben á mí únicamente; viendo mis Estados se conoce el hombre que los gobierna. Tú haces mas que yo, pero mi mérito consiste en haberte colocado al frente de los negocios, y si la palabra mérito te parece exagerada, lo llamaré felicidad. Tenemos, sin embargo, que hacer todavía grandes mejoras, pero á un príncipe justo y bueno nada le es imposible; lo que me causa mas satisfaccion es haber purificado mi corte, espulsando á todos esos seres inmorales, viles, aduladores del príncipe, y saber que cada administrador cumple con su deber por conciencia, y no por conseguir una de mis miradas.

—Querido príncipe, dijo Leinau, ¿lo crees tú así formalmente?

—Yo sí.

—Pues bien, yo creo todo lo contrario. ¿En un país como el nuestro, en que el príncipe tiene siempre razón, en que ninguna ley refrena la autoridad, debe admirarnos eso? Seria milagroso que sucediese lo contrario cuando una sola de tus miradas puede hacer del hombre mas inocente un indigno bribon, y que no faltará quien encuentre en su conducta lo necesario para arrebatarle bienes, felicidad, libertad y tal vez la vida. En un país en que el soberano tiene el derecho de ser injusto, sus defectos deben tener tantos aprobadores como sus virtudes. Las cualidades morales del soberano, son las peores y mas inciertas garantías de su Estado. Los imperios del Oriente no conocen otra, y el hombre mas íntegro de tu ducado, no puede contar mas en su felicidad que en esta virtud.

—¿De modo que nuestro gobierno no vale mas que el de Turquía?

—Así lo creo, la ley entre nosotros ni es la pauta ni la garantía de los derechos, sino un vidrio óptico graduado para la vista de los gobernantes, al través del cual solo ven los derechos de uno solo, y que segun se mira aumenta ó reduce y hasta puede llegar á quemar.

—Vamos, tú estás de mal humor hoy, ¿vamos á caballo á Friedensheim?

—Yo desearia hacer una prueba, para ver cuál de los dos se engaña.

—¿Y cómo?

—Elige en tu ducado al hombre mas justo, y haz ver que estás irritado contra él, ó únicamente descontento; examina despues cómo todo conspira contra el infeliz, y cómo sufre su inocencia; entonces te convencerás de que no hay en tu ducado nadie seguro respecto á su felicidad y su fortuna, cuando quieras perderlo. Por ejemplo, ¿conoces á Hemold, subdirector de los archivos, hombre de saber, de una actividad infatigable, fiel, leal y que nunca incomoda por hacer aumentar su mezquina asignacion, que hace casi solo el trabajo de los archivos, y podia pretender un magnífico sueldo?

—En efecto, ya habia yo pensado en mejorar la posición del buen Hemold: tiene tres ó cuatro hijos y poca fortuna. Su profesion de

autor no le producirá gran cosa... Pero yo no puedo decidirme á darle un disgusto.

—Piensa en el precio de la leccion que de ello sacaremos, la cual te servirá para conocer el mundo; Hemold no será perdido por esto. Yo me colocaré entre vosotros dos en el momento conveniente. Por otra parte, cuidaremos de recompensarle el papel de víctima que desempeñará á su pesar, pero con el mejor fin.

—No puedo concebir lo que se dirá contra ese hombre.

—La comedia que vamos á representar te lo enseñará si no me equivoco.

—Hagamos la prueba, Leinau, y veamos si mis súbditos son esclavos.

—¿No es ese que atraviesa la plaza el subdirector Hemold, preguntó un dia el duque apoyado sobre la ventana de la sala de la audiencia, á los que se hallaban cerca de él.

—El mismo, respondieron.

—¿Qué figura tan insoportable! añadió el duque. Hay algo de socarron y de afectado en sus maneras.

—Pero es un buen hombre, dijo el consejero de Stroms.

—No puede negarse que tiene algo de perverso en sus facciones, añadió el archivista Wandel; pero es segun entiendo un hombre leal...

—Leal, repuso el duque con vivacidad, frunciendo las cejas y dirigiendo al archivista una mirada irritada. Wandel, mal conocéis á ese hombre, ó sois muy bueno. Creo que no nos debemos fiar de Hemold, hay en él cierta malicia...

El archivista palideció al ver la mirada de su señor. Todos los demás enmudecieron.

—Wandel, añadió el duque algunos momentos despues, ¿por qué habéis palidecido? No creo que os unan ningunos vínculos á ese hombre...

—Dios me libre de ello, alteza serenísima, pues tanto lo evito cuanto me lo permite mi destino. Jamás he tenido relaciones con él, porque en efecto, como vuestra alteza lo ha marcado bien, hay falsedad... Muchas veces he tenido intencion de solicitar de vuestra alteza que le diese su retiro. Es autor, tiene correspondencia con muchos extranjeros; los actos mas importantes del Estado pasan por sus manos; no se debe fiar...

—Yo lo he llamado buen hombre, repuso el consejero Stroms, porque no me gusta hablar mal de nadie. Tiene mujer é hijos, y no queria verlo desgraciado. Pero mi respeto hácia vuestra alteza me obliga á decirlos que Hemold ha merecido mas de veinte veces por sus éxitos impíos, ser desterrado del país ó encerrado en una ciudadela. Ni el trono, ni el altar, ni el Estado, ni los particulares, están á cubierto de los insultos de ese hombre. Yo me obligo á probar que Hemold ha procurado muchas veces en su diario, escitar una revolucion, entregando al menosprecio del pueblo el soberano de nuestro ducado. ¿Qué seria del amor del príncipe y del respeto de las leyes, si un atrevimiento semejante no se reprimió?

Un consejero privado, dos generales y el director de policía, añadieron sucesivamente una pequeña reflexion caritativa, y el mismo Leinau opinó que no merecia una mirada del príncipe.

—Si ese hombre es tan malo, tan peligroso, dijo el duque admirado, ¿por qué no se le toma cuenta de su vida? ¿Por qué se le deja mas tiempo manejar los negocios?

Despues abandonó precipitadamente la reunion.

El subdirector no tardó en sentir los efectos de esta mirada del príncipe; todos se alejaban bruscamente de él, repitiéndose unos á otros que era necesario huir de semejante hombre que estaba en desgracia del duque. Los altos funcionarios lo trataban mal, sus compañeros evitaban hablarle ó lo hacian con frialdad, y sus enemigos y envidiosos manifestaban el placer que les causaba su ruina.

Hemold conoció que se trataba de él, y procuró informarse de unos y otros; pero todos se encogían de hombros y ninguno sabía nada. «A nadie he ofendido, decía Hemold tranquilo, ni he cometido ningún delito; yo cumplo con mi obligación... ¿Qué tienen que decir contra mí? Su amistad importa poco á mi dicha y á mi tranquilidad.» Pero la frialdad y los desprecios lo incomodaban mas de lo que creía, y así abandonó las sociedades donde antes iba rara vez, y se retiró al seno de su familia. Tenía una esposa amable, una hija encantadora, y dos hijos de menor edad en quienes idolatraba. La graciosa Emma, tesoro de sus padres, estaba destinada para hacer feliz al hombre que diese su mano; ya tenía diez y nueve años, y sin embargo, nadie se había presentado para obtenerla, porque... no tenía dote. El subdirector se hallaba mas bien en necesidad que en abundancia. Su sueldo no bastaba para educar á sus hijos. En la Residencia se veía obligado á escribir en sus momentos desocupados sobre la industria, pero desgraciadamente tenían poco éxito sus escritos.

Por no turbar la tranquilidad de su familia, le ocultó sus disgustos. El primer rayo de la tempestad que se acercaba debía ser terrible.

Un día hizo llamar al archivista á Hemold á su casa, y después de recibirlo mal, le enseñó el último número del periódico que publicaba.

—¿Quién ha enviado á este periódico el estado de la deuda de nuestro país? le dijo.

—Nadie, señor, yo lo he insertado.

—¿Quién os había autorizado para ello?

—Nadie. Yo he dado otras veces estados iguales sin que nadie se opusiese.

—Yo no leo vuestro diario, y no puedo hablar de ello; pero vuestras instrucciones os prohíben comunicar á nadie absolutamente los documentos de los archivos.

—La deuda del Estado circula en la ciudad en infinidad de escritos; su guarismo se halla en varios periódicos extranjeros, y no lo he sacado de ningún documento de los archivos.

—Todo eso no os autoriza á vos, funcionario público, á darle mayor publicidad; idos; ya respondereis á esto.

Pocos días después fue citado Hemold ante el tribunal de justicia. Se le acusó de haber estraido papeles de los archivos y de haber censurado los actos del gobierno, y Hemold fue declarado perturbador del Estado y funcionario infiel.

Cuando se le leyó en el tribunal la sentencia se levantó y dijo:

—Quieren perderme; conozco que por descuido he dejado en mi casa dos ó tres documentos de los archivos, lo cual á pesar de todo no ha causado gran perjuicio al Estado; reconozco también que en mis desahogos con un fiel amigo he dicho lo que sentía en cuanto á los cambios introducidos en el ducado, lo que no le perjudica. Estas confesiones serán probablemente en daño mío; sin embargo, señores, si se castigasen con tanta rigidez las negligencias de cada uno de vosotros, ó se pesarán en la misma balanza vuestras correspondencias y las conversaciones que tendreis en el íntimo círculo de vuestros amigos, pocos habría que no fuesen tan culpables como yo.

Este discurso excitó un profundo disgusto entre los jueces. Hemold habló aun largamente con la misma sinceridad y energía, interrumpiéndolo murmullos que dieron lugar á que el presidente le impusiese silencio y mandase que se lo llevaran. El juez Ferlach se levantó entonces.

—Es una injusticia, dijo, impedirle que se defienda, y tiene razon en indicar la senda que debemos seguir. Nosotros hemos informado contra él, no como jueces, sino como enemigos. Protesto contra toda esta causa, lavo mis manos, y pido acta de mi protesta.

En vano fue tratar de disuadirlo.

—He envejecido y encanecido al servicio de la patria, y siempre he tomado la defensa del oprimido. Su alteza puede pensar de mí lo que le parezca.

El duque y el baron de Leinau se instruyeron de la prision y del proceso de Hemold, dejando seguir su curso á la justicia. Cuando dijeron al duque la obstinada oposicion del anciano Ferlach se conmovió. La corte tenía los ojos fijos sobre el príncipe como preguntándole: «Será necesario perderlo también.»

En casa de Hemold, entró la desesperacion; el jefe estaba preso, pesando sobre él las mas graves acusaciones; nadie podía acercársele, y su esposa é hijos no podían hablarle, sino ante testigos. Al cabo de algunas semanas les faltó el dinero, y su esposa se dirigió á antiguos amigos, los que procuraban negarse ó le daban escasísimo socorro.

El duque Luis se había hecho retratar con el objeto de colocar sus retratos en varias docenas de cajas de tabaco, adornadas de diamantes y perlas, para regalarlas á los embajadores, á los que traían buenas noticias, y á los autores que le dedicaban sus obras, etc. Pasándose Leinau una tarde de otoño con un traje sencillo, pasó por la casa del joyero de la corte, y entró para ver las cajas que había encargado. Sorprendido é- te de la aparicion del presidente, lo recibió con visible turbacion. Las cajas se hallaban en la sala inmediata, donde no quiso introducir al baron, valiéndose de un pretexto para entrar en ella solo: á poco salió con algunas cajas, é interin Leinau las examinaba, se abrió aquella puerta segunda vez y salió una jóven con los ojos bañados en lágrimas. El baron por poco lo tira todo, al reconocer sorprendido en aquella jóven belleza á su antigua amiga, á quien no había olvidado, á pesar de sus muchas ocupaciones.

Saludóla en silencio, y ella, con los ojos bajos y ruborizándose un poco pasó por delante de él, dirigiéndose á la puerta de la calle. Leinau supo entonces que la hija de Hemold para atender al sosten de su familia, había entrado en clase de pulidora en casa del joyero. Tanto virtud avivó la llama del amor en su pecho y esperó con impaciencia el fallo del tribunal de apelacion para la realizacion de sus votos. Al objeto de que aquel se mostrara clemente, tuvo buen cuidado de hacer pública la desaprobacion que había merecido por parte del duque la conducta que habían observado los primeros jueces. Aquel ardid dió el apetecido resultado.

La sentencia del tribunal de apelacion pronunció la inocencia del acusado, y el duque recibió su decision con júbilo, haciendo llamar al baron inmediatamente.

—Leinau, su inocencia lo salva.

—Porque han sabido los de este tribunal el disgusto que has manifestado por la conducta del otro. Si hubieras podido ocultar por mas tiempo tu incomodidad, probablemente fuera declarado culpable también por estos.

—Disolveré el consejo, exclamó el duque, y formaré otro que presidirá el leal y probo Ferlach; depongo al archivista Wandel, y Hemold lo sustituirá; pero dando á un hombre sabio y fiel el empleo que merece, no hago mas que cumplir con un deber del Estado. Mi querido Leinau, debemos á Hemold mayor recompensa, porque él y su familia han sido víctimas de nuestra prueba, de la que he sacado mucho provecho. Ahora estoy convencido de que nosotros los príncipes somos los mas dignos de lástima que hay en el mundo, y que no podemos en nuestra posicion ni conocer á los hombres que nos rodean, ni conocernos á nosotros mismos. Una sola de nuestras miradas puede hacer mas daño, que con nuestra voluntad podemos hacer bien. Entre la muchedumbre de nuestros cortesanos apenas hay uno que piense en la nobleza de preferir su deber á todo. Esta esperiencia la debo á Hemold, y á tí también, Leinau, á tí, á quien quiero hoy mas que nunca. ¿Cómo podría yo recompensar á vosotros dos?

Un violento rayo fue para muchos, y principalmente para los miembros del consejo y Wandel, cuando supieron al siguiente día la sancion del decreto del último tribunal por el

duque, y que el presidente del gran consejo había ido en persona á anunciar á Hemold su nueva dignidad, llevándolo como en triunfo á su familia. Pocos días después el archivista tuvo el honor de comer en la mesa del duque, el cual le regaló una hacienda de campo en las cercanías de la Residencia.

Entonces volvieron en tropel todos los antiguos amigos de la familia Hemold, disculpándose unos por haber estado fuera en el tiempo del proceso, otros enfermos, sin sueldo, ó detenidos por negocios de importancia. Emma se vió de nuevo rodeada por sus antiguos adoradores: tarjetas de visita, convites, invitaciones, comidas de campo, bailes, conciertos, llovían por todas partes.

La señora de Hemold no quería ya ver á nadie.

—No, le dijo su esposo, no te hagas eremita porque el mundo es inconstante; preséntate en él como antes, pero no te fies de nadie. Para ser feliz es preciso hacerse ilusiones. Es una desgracia pasar la vida temiendo un temblor de tierra. Es preferible engañarse con frecuencia á estar atormentado de temores.

En la Residencia y en todo el ducado aprobaron unánimemente la justicia del duque Luis y su cuidado en recompensar á Hemold por las persecuciones sufridas. Nadie, á escepcion de Leinau conocía la causa de todo, y atribuían al duque la generosidad y la grandeza de alma que celebraban. «Hé aquí á nuestro duque, decían, ¿qué príncipe! é ignoraban que no era generosidad ni grandeza de alma, sino recompensa de una prueba cruel, porque sin una mirada del príncipe, nunca hubiera sido Hemold declarado culpable. Así son los hombres; elogian y divinizan las acciones de los grandes sin conocer la causa de ellas.

Luego que llegó la primavera, fué Leinau á visitar á la familia Hemold en su pequeña casa de campo. Una tarde, cuando el ruiseñor principiaba á cantar, se vió á Emma en sus brazos, que acababa de confesarle un amor que el baron le había jurado largo tiempo hacia. La bendicion paternal siguió á esta primera declaracion, y el duque se encargó de dotar á la esposa de su amigo.

Cuando el presidente del consejo atravesaba las calles de la Residencia con su encantadora esposa, murmuraba infinidad de gente, meneando la cabeza. «¡Bien, bien! ¿qué hermosa es!» y decían los corrillos: «Nuestro duque ama al baron, y éste á la señorita Hemold; hé aquí la razon por qué el director ha sido declarado inocente con tanto ruido. disuelta la corte de justicia, el archivista Wandel cruelmente depuesto, y Hemold provisto de empleos, títulos y riquezas; esto se comprende. ¡Feliz quien tiene semejante verno! ¡nuestro duque es excelente, pero débil, débil!... No ve lo que sucede á su alrededor; nosotros lo vemos claramente, aunque algo distantes... El buen príncipe está alucinado; esa es la suerte de los grandes del mundo...»

—Y bien, decía el duque Luis sonriéndose, tan difícil es al príncipe juzgar á los que le rodean, como al pueblo juzgar al príncipe.

LA TORRE DEL ORO.

Cada ciudad, cada pueblo, tiene sus sitios llenos de tradiciones históricas ó fantásticas, y parece que en ellos y con su recuerdo se alimenta la imaginacion de los hombres meridionales. Sevilla, por ejemplo, cuenta con el Alcázar, construido en el reinado de Nazar en 1181, sus jardines, galerías y miradores; los baños de doña María Padilla, mujer del rey don Pedro, el patio de Carlos V, la Giralda, que ostentó el primer reloj de España y hasta cuya elevadísima torre se puede subir á caballo, y la Torre del Oro. Esta fue construida por los moros sin duda para defender la entrada del río á cuya orilla está, en la parte superior del muelle, y consta de tres cuerpos de figura octógona, coronado el primero de almenas, y rematando el segundo en un gracioso cupulino,

Es tal como representa el adjunto grabado. Bien puede suponerse siendo de origen árabe, cuantas consejas correrán acerca de su antigua existencia.

EL EGIPTO ANTIGUO.

La historia del Egipto se remonta á una antigüedad muy respetable. A pesar de los trabajos y estudios de los sabios, su historia está

llena de misterios. Las primeras tribus que poblaron el Egipto venian de Abisinia ó del Senaar, siendo imposible fijar la época de su emigracion. Los primeros egipcios, nómadas y salvajes, no se reunieron hasta muy tarde en cuerpo de nacion. Sus ciudades mas antiguas fueron Tebas, Esnea, Edfu, y otras del Said. El gobierno fue teocrático.

Una revolucion que estalló seis mil años antes del islamismo, substituyó este régimen con un gobierno monárquico. Un jefe militar Menes,

fue el promotor de esta revolucion y quedó hecho rey de Egipto. Sucedióle numerosas dinastías, y estos reyes, á quienes llamaban Faraones, fueron abolidos por Amosis, que dió al Egipto nuevo y desconocido esplendor. Entonces se construyeron estos inmensos monumentos que aun se admiran, las pirámides, los obeliscos, los laberintos, mas notables todos por su grandeza gigantesca que por su belleza y elegancia.



Las Pirámides de Egipto.

SUEÑO FATAL.

(NOCTURNO.)

Un sueño muy extraño me ha llenado de gozo y de espanto á la vez. Algunas imágenes horribles flotan todavía ante mis ojos y hacen que mi corazón inquieto se estremezca.

Era un jardín hermoso cual ninguno; quise pasearme por él alegremente. Muchas flores hermosas me miraban, y yo también las contemplaba con gozo inefable.

Los pájaros murmuraban tiernísimas melodías. El encendido sol brillaba con rayos de oro sobre las flores de mil colores pintadas.

Las yerbas despedían dulces aromas; el aire era suave y cariñoso, y todo brillaba, todo sonreía, mostrándome tanta magnificencia.

En medio del jardín había una limpida fuente de mármol, y junto á ella ví á una hermosa jóven que estaba lavando un vestido blanco.

Sus mejillas eran coloradas, sus ojos azules, y parecía una santa con sus cabellos rubios y rizados. Al mirarla, creí conocerla.

La hermosa jóven se daba prisa, cantando una muy extraña canción: «Corre, corre, agua de la fuente, y lávame esta tela de hilo.»

Me acerqué á ella y le dije en voz baja: «Dime, hermosa y tierna jóven, ¿para quién es ese vestido blanco?»

Me contestó al momento: «Prepárate, te estoy lavando tu sudario.» Y al concluir estas palabras se desvaneció como la espuma tan encantadora imagen.

Y como por encanto, me hallé al poco tiempo en medio de un espeso y oscuro bosque. Los árboles llegaban al cielo, y en mi sorpresa me puse á meditar.

Mas ¿no oís? ¡Qué ruido tan ronco! se parece al eco de un hacha en lontananza; corriendo al través de las malezas, llegué á un claro espacioso.

En medio del claro había una encina enorme, y mirad, se me volvió á aparecer la maravillosa jóven, dando golpes con el hacha en la encina.

Y mientras descargaba golpes sobre golpes, cantaba una muy extraña canción: «Claro acero, brillante acero, córtame madera para unas tablas fuertes.»

Me acerqué á ella y le dije en voz baja:

«Dime, tierna y hermosa joven, ¿para quién cortas esa madera?»

Me respondió al momento: «El tiempo urge, te estoy haciendo tu ataúd.» Y al concluir estas palabras; se desvaneció como la espuma tan encantadora imagen.

En derredor se extendía á lo lejos un llano pálido y sin una planta; no sabía lo que me había sucedido, y me encontraba allí inmóvil y temblando.

Y mientras andaba á la ventura, distinguí una forma blanca; corrí hacia ella, y ved, me volví á encontrar á la hermosa joven.

Estaba inclinada sobre el vasto llano, cavando la tierra con un azadon. No me atrevia casi á mirarla; ¡era á la vez tan hermosa y tan horrible!

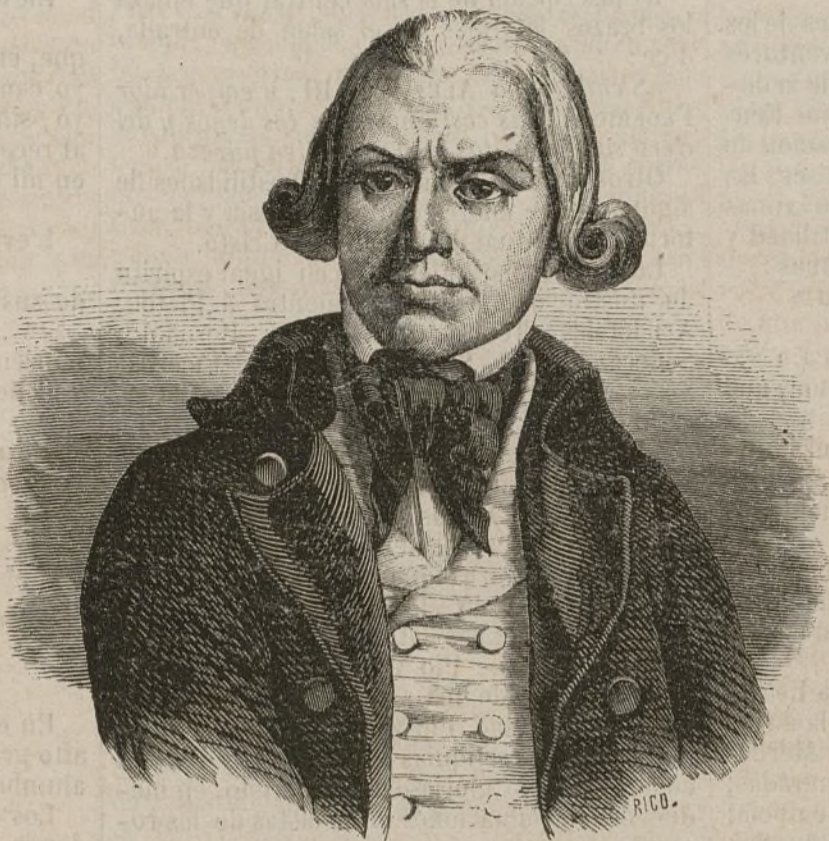
La hermosa joven se daba prisa á cavar, cantando una muy extraña canción: «Fuerte y afilado azadon, haz un hoyo ancho y profundo.»

Me acerqué á ella y le dije en voz baja: «Dime, tierna y hermosa joven, lo que significa este hoyo.»

Me respondió al momento: «Estáte quieto, te estoy cavando tu sepultura.» Y mientras hablaba así la hermosa joven, ví que el hoyo se abría anchuroso.

Y al mirar yo dentro de él, un terror frío se apoderó de mí; me sentí impelido en medio de la espesa noche,—y entonces me desperté.

ENRIQUE HEINE.



El Drama de 1793.—Drouet. (Véase el número anterior.)

LA BIBLIOTECA DEL VATICANO.

La biblioteca del Vaticano fue fundada por el papa Sisto V, como lo recuerda el cuadro que se halla á la derecha al entrar en ella. En aquellos muros aparece espresado el pensamiento del fundador, que deseaba tan ardientemente llevar á cabo su resolución, que con-

cedió tan solo un año para que tuviese efecto. Cuando le manifestaban que era muy poco tiempo para la ornamentación del salón, y los inconvenientes que resultarían de ello, respondía: «Trabajad, trabajad á prisa, porque después de mí podrían nacer nuevas ideas y cambiar mis planes, y yo quiero que sean realizados á mi vista.»

La biblioteca vaticana tiene la figura de una T, verdadera forma de cruz; la línea vertical tiene dos laterales, separadas por seis pilares macizos que sostienen las arcadas de las bóvedas.

A la derecha, á la izquierda y en el centro de las salas hay armarios cerrados, de seis pies de alto próximamente, en que se guardan los preciosos manuscritos. En la parte superior hay pinturas al fresco, que recuerdan los fastos memorables de la sabiduría divina y humana, mientras que la bóveda representa los primeros sucesos de la vida de Sisto V.

Entre los pilares del centro se hallan los mas magníficos regalos hechos á los pontífices, siendo de los mas ricos un Crucifijo de oro y malaquita, el baptisterio del príncipe imperial, una colosal copa de malaquita, regalada por el emperador de Rusia y hermosos vasos de Sevres.

Los dos personajes principales de la biblioteca son Adán y Jesucristo.



El Drama de 1793.—Muerte de Luis XVI. (Véase el número anterior.)

Cerca de la puerta de entrada, en medio de los cuadros y haciendo frente á los pilares, se encuentra la imagen de nuestro primer padre con la siguiente inscripción en latín:

ADAM, instruido por Dios, inventor de las ciencias y de las letras.

A la otra estremidad del salón está la imagen del Cristo, sentado, con las manos esten-

didas en ademán de echar la bendición, y con el Evangelio abierto sobre sus rodillas. Allí se leen las palabras Alpha y Omega, *principium et finis*, y bajo los pies del Salvador la siguiente inscripción:

JESUCRISTO, doctor supremo, autor de la doctrina celeste.

Detrás del Cristo, y hacia su derecha, está

el papa en pie con la cruz pastoral, y á su izquierda el emperador en pie también con la espada en la mano: debajo de uno y otro se leen estas palabras:

El Papa, Vicario de J. C.; el Emperador, defensor de la Iglesia.

En los arcos laterales están pintadas figuras simbólicas, y una de ellas dice:

Credo; fiat.

En el centro, sobre los cuatro frentes de los pilares, están las imágenes de los inventores de las escrituras locales; en el muro de la derecha aparecen las actas de los Concilios Ecu-
ménicos; en el de la izquierda la fundación de las grandes bibliotecas de todos los países. En torno de los pilares del centro hay máximas de la Escritura, que recuerdan la utilidad y buen uso de las ciencias: hé aquí algunas:

«Quiero que sepais lo que es el bien.»

«El impío ignora la ciencia.»

«La ciencia engríe, la caridad edifica.»

«El que tenga necesidad de instruccion, que la pida á Dios.»

«El hombre prudente es animoso; el hombre sabio es fuerte.»

«En el alma del malvado no se encuentra la sabiduría.»

«Es necesario la sobriedad en la ciencia.»

Los inventores de la Escritura tienen á su frente á los hijos de Seth, que escriben en dos columnas los cantares celestes.

Vienen luego Moisés, inventor de la Escritura antigua; Abraham, inventor de la siríaca y caldea; Esdras, de la hebrea; Mercurio escribe para los egipcios las letras sagradas; la reina Iris, inventora de la escritura egipcia; Fénix, Cadmo, Cécrope, Lino, Pitágoras, Epicharmo, Palamedes, Simonides, Evandro, el emperador Claudio, Carmenta, Desmarattes, Ulphilas, San Cirilo, con la indicacion de todo lo que han hecho en favor de la escritura de los diversos pueblos.

En el muro lateral de la izquierda hay hermosos frescos que recuerdan la fundación de las grandes bibliotecas y los servicios que sus fundadores han prestado á la humanidad.

Desde luego aparece la BIBLIOTECA HEBRAICA, en la que se ve á Moisés confiando á los levitas los libros santos á fin de que los encierren en el tabernáculo.

Después ESDRAS, sacerdote y escriba, restableciendo la BIBLIOTECA DE LOS PADRES. Vienen en seguida la BIBLIOTECA BABILONICA, en la que DANIEL y sus compañeros aprenden la lengua y la ciencia de los caldeos; la BIBLIOTECA ATENIENSE, en que PISISTRATO fue el primer fundador de una biblioteca pública entre los griegos, y en SELEUCO restituyó la biblioteca arrebatada por Xerjes.

Siguen después:

La biblioteca alejandrina.

La biblioteca romana.

La biblioteca de Jerusalem.

La biblioteca de Cesarea.

En fin, la BIBLIOTECA APOSTOLICA, confiada por San Pedro al cuidado espiritual de la Iglesia Romana.

Los frescos en que se perpetúan aquellos importantes sucesos están adornados con inscripciones que explican las instituciones que han honrado el genio del hombre durante el curso de los siglos.

En frente, sobre el muro de la derecha, se desenvuelven las actas de los Concilios.

Lo que mas escita la admiracion en aquella página monumetal es la constante alianza del sacerdocio y del imperio. En todos los Concilios, el papa y el emperador están nombrados en la inscripcion y representados en los frescos.

El papa, rodeado de obispos, pronuncia el decreto.

El emperador, ora sentado en su trono con el cetro en la mano, ora en un sitio con la espada desnuda, está dispuesto á su ejecucion, que á veces es asunto de un cuadro especial.

La serie comienza en el primer Concilio de Nicea en esta forma:

«Siendo SAN SILVESTRE papa y CONSTANTINO emperador, dice la inscripcion del cuadro, el Cristo, hijo de Dios, es declarado consustancial con el padre, y condenada la impiedad de los arrianos.»

Y al lado de este cuadro otro con el siguiente lema:

«Conforme al decreto de este Concilio, Constantino hace quemar los libros de los arrianos.»

La inscripcion de la sala central que enlaza los brazos laterales en el salon de entrada, dice:

«Siendo papa ALEJANDRO III, y emperador FEDERICO I, las costumbres de los legos y del clero son devueltas á su primitiva pureza.»

Otros cuadros recuerdan las hostilidades de algunos emperadores contra la Iglesia y la autoridad espiritual del Vicario de Cristo.

Los brazos laterales ofrecen igual espíritu de ilustracion. Allí se encuentra á Platon, Arióteles, Teofrasto, Esquines, Herodoto, Séneca, Persio, Salustio, Horacio, Ciceron, Sócrates, Pitágoras, Solon, Apuleyo, Caton, Julio César.

Grandes cuadros recuerdan tambien los servicios que las ciencias deben á Polion, Trajano, Lúculo, Matías Corvino, rey de Hungría, etc., etc., haciendo frente á los que indican los favores que prestaron los Nicolás IV, los Sisto IV, los Paulo V.

Las últimas salas laterales cuentan la vida y sufrimientos de Pio VI y Pio VII, y la entrada triunfal de los santos pontífices por la puerta del pueblo. Pio VI volvió á entrar como mártir, cuyas reliquias se veneran, y Pio VII como el vicario glorioso de Jesucristo, en medio de las aclamaciones entusiastas de los romanos.

NOSTALGIA.

Á LAS HADAS.

I.

Ni de la regia alhambra, los mágicos jardi-

(nes;

de la oriental Sevilla, los bosques de jazmines; de Málaga la bella, su aliento de benjuí; de Cádiz sus hermosas, angélicas mujeres; de Córdoba las lentas baladas de placeres... hadas, queridas hadas, nada me place á mí!

II.

Llebadme en vuestras alas hacia la patria

(mia,

que escuche de sus aves la dulce melodía, que vea sus peñascos cubiertos de verdor, sus rios espumosos, sus frescas enramadas, sus plácidas auroras, sus gratas enseñadas, y no saldrán del pecho suspiros de dolor!

Llebadme en vuestras alas...—y allá por las

(mañanas

que vea en sus riberas vagar las aureanas cogiendo en las arenas brillante oro de Olir; y vea en las vertientes cruzar á los pastores; y vea en las bahías bogar los pescadores rasgando con sus barcas el trémulo zafir.

Llebadme en vuestras alas... que vea sus

(enhiestas

montañas, entre valles orlados de florestas, precipitando saltos de límpido cristal; que vea entre las sombras de lúgubres misterios sus góticos castillos, sus calvos monasterios, que aferra con sus garras la hiedra sepulcral!

Llebadme á mis montañas... que vea sus es-

(trellas,

y en el azul del cielo las argentadas huellas que al declinar los dias esmalta el sol allí; y el azahar respire del cáliz de sus flores, sorprenda sus secretos, sus púdicos amores, amores que las auras refieran solo á mí!

Llebadme en vuestras alas...—Bajo la parda (niebla que, errante, sus torcidos desfiladeros puebla, yo cantaré epopeyas de glorias y de amor; yo, sin inspiraciones en otros horizontes, al recorrer los castros de sus altivos montes, en mi lecho de nubes seré su trovador!

Llebadme en vuestras alas, ya que do quier

(distante

de sus queridas cosas, lloré siempre anhe-

(lante,

muriéndome de pena cuando me veo así;

y al dejarme en las rocas de alguna mansa

(ria

si allí nadie me quiere, muerta la madre mía,

yo moriré besando la tierra en que nací!

BENITO VICETTO.

CONOCIMIENTOS INDUSTRIALES.

LA ECONOMIA EN EL GAS.

En el mundo científico é industrial llama en alto grado la atencion una mejora relativa al alumbrado público y particular.

Los individuos mas competentes de la Academia de Ciencias, los inspectores del alumbrado de la ciudad de París, los ingenieros de la compañía parisiense del gas, y un número considerable de directores de fábricas, de industriales, de banqueros, y especialmente de accionistas de las compañías de gas, cuyo interés es evidente, han estudiado cuidadosamente la innovacion y averiguado su valor, llegando á convencerse del poder de sus resultados.

Trátase de procedimientos sencillos en su principio y fáciles en su aplicacion, que producen una rebaja considerable en el gasto del gas sin disminuir por eso, y aumentando por el contrario, la densidad de la luz.

Diversas revistas especiales, y algunos periódicos como el *Moniteur Universel*, *l'Union*, la *Gazette de France*, etc., han hablado de semejante empresa, hallándose de acuerdo en augurarle un brillante porvenir y un éxito permanente.

El público es admitido todos los dias, de dos á cuatro de la tarde, á presenciar los experimentos del nuevo sistema de alumbrado comparado con el antiguo, y forzoso es reconocer, que los procedimientos *photogenicos* del inventor Mongruel dan margen á una economía de gas de 50, 60, 70, y á veces de 80 por 100, sin disminuir ni alterar el poder luminoso de la llama.

Empero, el descubrimiento no se detiene en este punto, el inventor puede suprimir, y suprime en efecto por completo, el gas hidrógeno, que cuesta caro, es infecto, peligroso é insalubre, y le reemplaza por el aire atmosférico que nada cuesta, no es causa de explosiones, es inodoro, y no presenta peligro alguno ni insalubridad. Basta para llegar á aquel resultado hacer pasar el aire por el generador Mongruel: con tan sencillo medio obtiene el aire instantáneamente propiedades inflamables, y suministra una luz pura, blanca, inmóvil, muy suave y brillante.

Hé ahí una revolucion completa en la industria del alumbrado.

LA ÚLTIMA CANCION.

En una noche de luna recostado en una reja estaba un doncel templando de una guitarra las cuerdas; vestia colete de ante, bota con dorada espuela, larga espada, capa roja, sombrero con plumas negras. Después de breves momentos sentido compás puntea yertas endechas entona, con voz conmovida y trémula.

Niña de los negros ojos,
niña de la faz morena,
la causante de mis sueños,
la causante de mis quejas;
la que con sus dulces risas
y con sus miradas tiernas
me muestra el cielo, aunque nunca
quiere que pase sus puertas,
sabe niña que me ausento,
sabe que parto á la guerra
que cuando la patria llama
da el acero la respuesta:
marcho á la playa africana
y marchó lleno de penas,
que me llevo tus desdenes
á las africanas tierras
y solo tendrás amores
para el que tu amor pretenda;
que llevo dentro del alma
tu hermosa imagen impresa
y estándote viendo siempre
no olvidaré tu fiereza;
que ya no tendré el consue-
lo de cantarte mis querellas
y es menor el sufrimiento
si el sufrimiento se cuenta.
Oyeme esta vez sin ira,
sal un momento á la reja,
cura mi encendido pecho
con tu anhelada presencia
que quien amándote tanto
con tus desdenes se ausenta
una vez tan solo, es justo
que tu compasion merezca.
¿No me escuchas? ¿No respondes?
Mi acerbo dolor desprecias.
¿Tienes el pecho de mármol?
Pero no, que á ser de piedra
mis lágrimas incesantes
ya le hubiesen hecho mella.
Adios desdeñosa niña
niña de la faz morena,
la causante de mis males,
la causante de mis quejas,
adios: y si acaso un día
durante mi larga ausencia
oyes contar que un soldado
lanzóse á la mar soberbia,
no lo estrañes, pues sería
que al ir creciendo mis penas
buscaron el mar inmenso
por no caber en la tierra.

Calló el cuitado mancebo,
miró la cerrada reja
lanzó un profundo suspiro
y con buscada firmeza
anduvo... hasta que perdióse
el chascar de sus espuelas.

MANUEL VALCÁRCEL.

CUENTOS MORALES.

AGRADECIMIENTO Y PROBIAD (1).

En el fondo de la Auvernia, á poca distancia de Clermont, vivía un honrado labrador, que varios accidentes habian enteramente arruinado, á pesar de su buena conducta. Era viudo, y no habiéndose casado hasta los cincuenta años, era ya viejo cuando su hijo único no tenia mas que diez. Este buen hombre, llamado Furcy, vivía en una cabaña medio derruida, y su módico salario bastaba apenas para su subsistencia y la de su hijo Bourguignon; habia, sin embargo, conservado una cabra, destinada tan solo al alimento de su hijo. El pobre Furcy se privaba de todo para proveer á las necesidades de Bourguignon; pero, al cabo, su miseria llegó á tal extremo, que se vió obligado á enviarlo á París, con el fin de que allí buscara fortuna. Un carretero, amigo suyo, se encargó de llevarlo gratis,

consolando lo mejor que pudo al desgraciado Furcy: «Vuestro hijo es travieso é inteligente, le dijo; es robusto y está acostumbrado á subir por nuestras montañas; desempeñará los encargos mejor que nadie. Lo estableceré en la calle Saint-Honoré, junto á la casa nueva de los Fuldenses; allí tengo conocidos y entre otros el portero Chassin, que es joven y muy buen hombre: os prometo que querrá mucho á Bourguignon y que le será muy útil.» Estas promesas calmaron un tanto el dolor de Furcy, que dió á su hijo sus mas tiernas bendiciones. Bourguignon, llorando á mas no poder, le prometió que volvería al cabo de seis meses. Durante el viaje, que fue muy feliz, lloraba á menudo; el carretero cantaba. A pesar de su tristeza, no perdía Bourguignon ninguna ocasion de prestar ayuda: iba dentro del carro y al menor accidente se bajaba á toda prisa. El carretero se admiraba al ver su fuerza, su destreza y su agilidad, y concluyó por profesarle verdadero cariño.

Al fin llegaron á París: Bourguignon quedó sorprendido de que aquella ciudad fuera mucho mayor que Clermont. El carretero, lo presentó, como habia prometido, aquel mismo día al portero Chassin, que lo recibió con mucha amabilidad, dándole pruebas inequívocas de benevolencia é interés. Obtuvo permiso para que le dejaran pasar ocho noches en un sotechado que habia en el patio; le dió además de comer, y desde el día siguiente, habló en favor suyo á algunos inquilinos, inspirándoles el deseo de ver á su protegido. Todos quedaron encantados de la viveza y de la bizarría del auverniano; le prometieron que le darian comisiones, cuando conociera un poco las calles de París. Bourguignon las conoció al poco tiempo, gracias á los consejos de su protector Chassin, y entonces tuvo una infinidad de parroquianos. A pesar de su lenguaje auverniano, se hacia entender perfectamente; era tan activo, tan puntual y tan fiel, que le preferian á los mozos mas espertos, pagándole siempre con particular liberalidad.

Mientras Bourguignon prosperaba en París, su pobre padre soportaba en Auvernia las fatigas del mas penoso trabajo, las angustias de la miseria y los tormentos de las inquietudes paternales. La marcha de su hijo no habian minorado en lo mas mínimo sus gastos, porque no solamente no queria aprovecharse de los trabajos particulares de Bourguignon, sino que habia formado el propósito de poner á un lado para él algunos pequeños ahorros de su propio trabajo. «Tendré al menos, se decia á sí mismo al morir, el consuelo de dejarle algun dinero por herencia.»

Esta idea infundia gran valor á Furcy, aunque sus fuerzas físicas estaban agotadas. Una mañana del mes de diciembre en que volvía á pie á su casa, sucumbiendo al cansancio, se vió obligado á pararse y á sentarse en una piedra. Se hallaba al pie de la célebre montaña, cuya cima estaba habitada por la respetable familia de los Pinon (1). «¡Ay! exclamó Furcy levantando los ojos hacia la montaña; si pudiera subir hasta allí, encontraria todos los auxilios que me hacen falta; pero quizás me muera aquí cerca de los mejores amigos de los pobres viajeros: allí están, no me pueden oír y no puedo aprovecharme de su compasion y de su caridad.»

Sin embargo, el desgraciado Furcy, haciendo un esfuerzo y apoyándose en su baston, probó á dar algunos pasos por el camino escabroso de la montaña; mas no pudo continuar y á no ser por el baston, hubiera dado

(1) Célebre comunidad de ricos y laboriosos labradores, que poseian la montaña y todos los campos de alrededor; y que formaban una especie de pequeña república con sus leyes particulares, de la cual era jefe el padre ó el abuelo de la familia. Sus usos, su piedad, sus sencillas costumbres, parecían reproducir y realizar todas las tradiciones de la edad de oro. El autor de esta obra ha visto este establecimiento, y cuanto va á describir respecto de esta familia, será de todo punto exacto. Se ignora si, por un olvido feliz, ha dejado la revolucion subsistir sobre la cima de aquella montaña, el orden, la paz y una felicidad tanto mayor, cuanto que la religion y la piedad filial eran su base.

una caída peligrosa. Perdiendo entonces toda esperanza, pensó en su hijo y no pudo contener sus lágrimas. Llamando en su ayuda á Aquel que nos oye siempre, invocó á Dios y le pidió que bendijera á su hijo y que fuera para él un padre; resignado y confiando en la divina Providencia, cruzó los brazos, cerró los ojos y cayó desmayado...

Algunos minutos despues uno de los jóvenes Pinon, que volvía á la montaña en un carro, distinguió al viejo; se acercó á él, y viendo que habia perdido el sentido, lo puso en el carro y prosiguió su camino. Al poco rato recobró Furcy los sentidos: al ver á su lado á un hombre fue tal su alegría que se reanimó del todo, y cuando examinó al joven, cuya fisonomía espresaba tierna compasion, creyó ver á su ángel custodio.

En cuanto llegó á la habitacion de la familia Pinon, le hicieron entrar en la estensa cocina que servia de comedor y de salon á toda la familia. El pobre viejo vió al entrar quince ó diez seis muchachas vestidas igualmente de percal oscuro, con unos velos blancos en la cabeza, adorno sencillo que las distinguia de las mujeres casadas: cada cual tenia su rueca é hilaba. Las madres y abuelas sentadas en frente de ellas hilaban tambien pero con el torno. Tan interesante reunion, que ofrecia el contraste de la experiencia severa con la dulce y tímida inocencia, encantó al desgraciado Furcy; las jóvenes se levantaron al entrar él y le hicieron sentar cerca del fuego en el sillón de la hospitalidad: así es como llamaban en la casa al asiento cómodo y blando que destinaban á los viajeros enfermos ó cansados. Cuando no habia niugun forastero en la cocina el sillón estaba desocupado. Dos muchachas se apresuraron á avivar el fuego para que se calentara el viejo: otras le prepararon un caldo, mientras que el abuelo, jefe de la familia, daba órdenes para que se dispusiera su comida y para que se hospedara allí dos ó tres días.

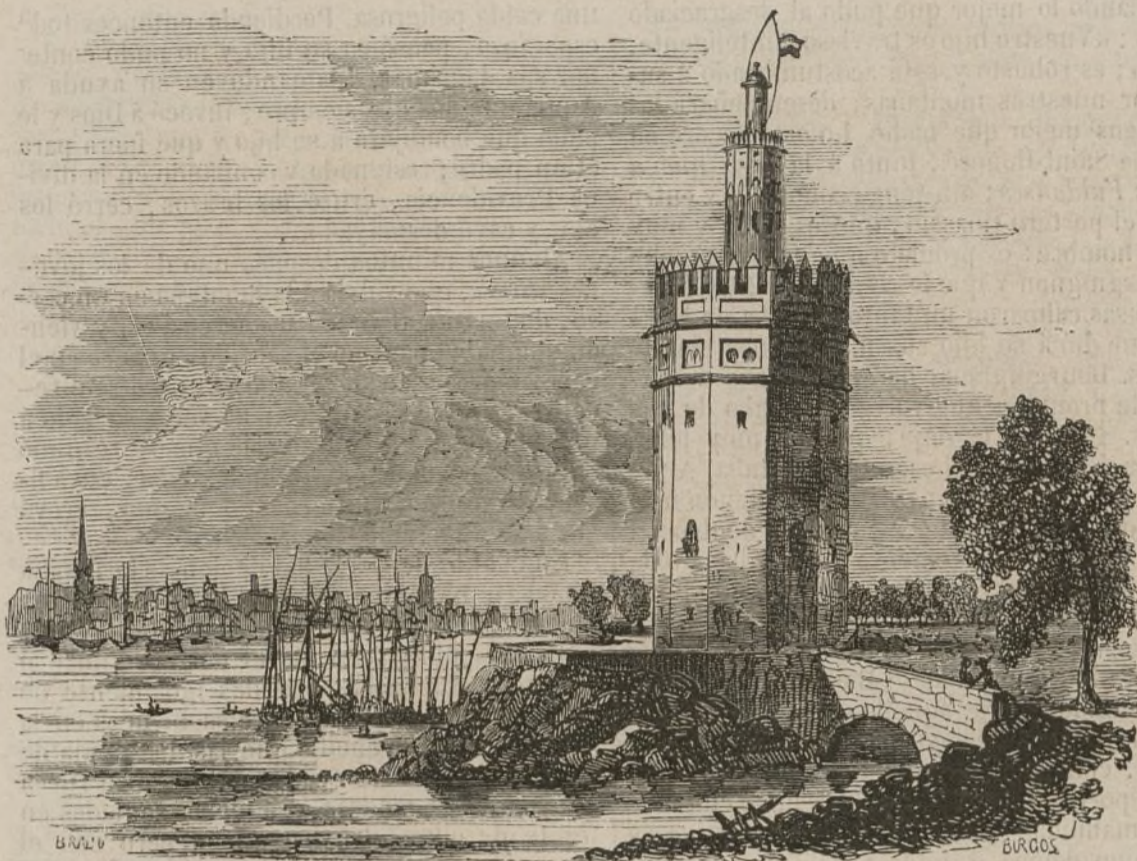
Siempre habia en aquella casa una habitacion separada para un sacerdote enfermo ú octogenario, tío de los dueños de aquella inmensa posesion; pues, de tiempo inmemorial, entraba en el seminario y tomaba las órdenes uno de la familia; y cuando ya no se hallaba en estado de desempeñar su santo ministerio, era recibido con veneracion en tan apacible asilo. Habia á la sazón uno que contaba ochenta y seis años: como Furcy se encontró mucho mejor por la tarde, demostró deseos de recibir la bendicion del piadoso y venerable sacerdote. Le condujeron hacia él, que estaba en su oratorio. Furcy sintió á la par una alegría y una esperanza indecibles al ver á un anciano que tenia veinte y cuatro años mas que él... Mas luego penetró en su alma como un dulce consuelo, cuando escuchó sus santas palabras, recibiendo de su propia mano un rosario bendito.

Cuando Furcy volvió á la cocina, encontró á las jóvenes que estaban cantando á coro villancicos (faltaban dos dias para Noche-buena); aquellas voces tan frescas, tan afinadas y tan melodiosas, le causaron tal impresion que á la noche siguiente creyó oír durante su apacible sueño los celestes conciertos de los ángeles.

Fue convenido que Furcy pasaria algunos dias en la montaña. Al día siguiente por la mañana fué muy temprano á la capilla, y despues de almorzar, como hacia muy buen tiempo, le llevaron al huerto, donde dió un largo paseo. El jefe de la familia volvió con Furcy á casa, y lo hizo sentarse en el sillón hospitalario. En aquel momento entraron á anunciar la visita de la marquesa de..., que, viajando en compañía de algunas personas, no queria dejar la Auvernia sin haber antes visitado la célebre comunidad de los Pinon. Al entrar en la cocina, se acercó la marquesa á la lumbre para calen'arse, y el dueño de la casa, volviéndose hacia ella, le dijo enseñándole á Furcy: «Señora, no os ofrezco el sitio de honor, porque está ocupado por un forastero enfermo.»

Como estaba ya en la mesa la comida, con

(1) Esta historia no es inventada: se halla consignada en las memorias de la Academia francesa, y ha tenido la mayor publicidad. En ella se han conservado fielmente los nombres de los dos héroes.



Torre del Oro.

vidaron á la marquesa, que aceptó gustosa, lo mismo que los amigos que la habían acompañado. Se sentaron á la mesa con los buenos aldeanos, la marquesa admiró su natural cortesía. Se habló de las cosas notables de la Auvernia, de los volcanes apagados que forman profundas simas á las que se puede bajar, y en cuyo fondo se encuentra á menudo algún castaño inmenso. Se elogió la magnificencia de la caverna de Royat con sus numerosas cascadas, situada cerca de Clermont. También se mencionaron las fuentes de pez, y la que tiene la propiedad de petrificar en un momento las sustancias vegetales ó animales que se sumergen en sus aguas, cubriéndolas de un sedimento que adquiere con el tiempo una dureza escesiva. Uno de los jóvenes Pinon, elogió sobremedera la estension de los bosques y la belleza del castillo que se hallan en las tierras de Randan.

En cuanto se concluyó la comida, se despidió la marquesa de aquella buena gente, llevando consigo un recuerdo que el tiempo no ha podido aun borrar; y algunos días despues, Furcy, restablecido de su cansancio y agradecido á tanta bondad, se dirigió hácia su choza.

Mientras el buen viejo empleaba sus pocas fuerzas en aumentar la cantidad que destinaba á su hijo, éste por su parte, pensando sin cesar en su padre, trabajaba con infatigable ardor; continuaba viéndose protegido por las personas que habitaban en la casa nueva de los Fuldenses, y el honrado portero Chassin le profesaba una amistad verdadera, alimentándole casi por completo. Todos los encargos de la casa se los pagaban con generosidad; el dueño Mr. de Williers le daba además toda clase de ropa, habiéndole cedido un cuartito muy limpio en su casa. De modo que Bourguignon, alojado y vestido, podía, sin que nada le faltara, ahorrar todo el dinero que ganaba. Al cabo de siete meses tenia ya mas de 300 francos; hizo sus preparativos de viaje y partió con alegría para volver al lado de su padre, á quien encontró con bastante buena salud, pero tan pobre como antes. Le entregó los 300 francos, los cuales depositó Furcy en secreto en un saco

que contenia todos sus ahorros y que tenia escondido en un jergon.

En los primeros días del otoño partió Bourguignon de nuevo con direccion á París, donde encontró el mismo asilo y los mismos protectores. Su carácter continuó siendo el mismo, su conducta siempre tan pura y su vida tan activa como antes.

Uno de sus protectores le mandó llamar un día para encargarle que llevara una carta á las misiones extranjeras, al abad de Fenelon, respetable sacerdote que habia restablecido la antigua institucion de los savoyanos, á los que asoció los niños auvernianos y limosinos. Bourguignon dió la carta al criado del abad, quien la llevó al momento á su amo; al cabo de algunos minutos volvió el criado y le dijo que su señor queria hablarle, conduciéndole despues á su despacho. Mr. de Fenelon recibió á Bourguignon con su bondad natural y le esplicó en pocas palabras el objeto de la asociacion de los niños savoyanos, auvernianos y limosinos. «Ya sé, le dijo, que sois bueno y laborioso; os admitiré con mucho gusto en tan interesante sociedad, y os adoptaré entre mis queridos niños.»

Bourguignon espresó lleno de alegría su agradecimiento con la gracia y la sencillez de su edad. Su contento no tenia igual. Antes de que se marchara el abad, le puso en el ojal de la chaqueta la honorable medalla de cobre y quedó resuelto que iria todos los domingos á recibir la instruccion cristiana que debia proporcionar una base sólida á sus excelentes cualidades morales.

Bourguignon volvió á toda prisa á la casa de los Fuldenses, con el objeto de dar las gracias á sus protectores que tan bien le habian recomendado á Mr. de Fenelon. Pasó todavía cuatro ó cinco meses en París, al cabo de los cuales se fué con su padre, llevando consigo 100 escudos. Mas este viaje le causó mucha tristeza: el pobre Furcy se hallaba en un estado deplorable; recibió, sin embargo, con satisfaccion los 300 francos que le entregó su hijo y le habló de esta manera: «Hijo mio, todo esto lo encontrarás despues de mi muer-

te; pues siento en mí que ya me queda muy poca vida.—¡Oh padre mio! exclamó Bourguignon, es menester que nos ocupemos de vuestra salud y que empleemos todo este dinero para restablecerla: ya volveré yo á ganar mas.

El pobre viejo meneó la cabeza sin contestar nada y despues guardó el dinero prometiéndose interiormente no gastar ni un solo céntimo.

(Se continuará.)

MADAMA DE PRASLIN.

A GREGORIA.

Si á poeta yo llegara,
te cantara
tu hermosura y tu candor;
y en mis versos te diria,
vida mia,
que muero por tí de amor.
Pero ya que por torpeza
tu belleza
no la pueda así espresar,
te diré en humilde prosa,
niña hermosa,
que á tí sola puedo amar.

M. M. G.

LA NOCHE OSCURA.

FÁBULA.

En noche cubierta
De negro capuz,
Al cielo miraba
El niño Fortun.
Al verle su madre
En tal actitud,
«¿Por qué miras, dijo,
La bóveda azul?»
—«Mamá, contestóla:
A oscuras cual tú,
Pedia á los cielos
Un rayo de luz.»
—«¡Ay! ¡que ellos te guien
Y el niño Jesus!
Exclama la madre,
Las manos en cruz:
No olvides que es niebla
La herencia comun,
Y que es solo el Cielo
Quien da al hombre luz.»

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

PENSAMIENTOS.

El oro se prueba por medio del fuego; la mujer por el oro; y el hombre por la mujer.
Chilon.

La conciencia nos advierte como amigo antes de castigarnos.

El rey Estanislao.

La limpieza es respecto al cuerpo lo que la decencia respecto de las costumbres.

El egoismo no infunde energía; el que no calcula mas que su provecho, siempre lo halla en estarse quieto.

Simondi.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 63; y en la Publicidad, Pasaje de Mathen.

En provincias Estranjero y Américas en casa de los sorresponsales de los Señores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.